

Capítulo II

DE MOISÉS A SAN AGUSTÍN

He llamado al profesor Li Sai Long. No parecía tener muchas ganas de charlar conmigo, pero yo se lo he soltado:

-Tiene usted razón. Somos unos vanidosos los europeos. Por eso le he pedido a mis alumnos que busquen información sobre las grandes culturas neolíticas de la India y de la China. En la Wikipedia, en slideshare, donde sea, o chateando con algun muchacho o muchacha indio, chino, tailandés, birmano...

Parece que está un poco más tranquilo. Así que ha prometido que leerá con calma este capítulo dos en que, sí, ¡en que se habla de la China, de Confucio y de Buda!

.....

Los historiadores han dividido la historia humana en largas etapas denominadas “edades” que se sucederían después de la llamada “prehistoria”. Por orden cronológico la serie estaría formada por estas edades: antigua, media, moderna y contemporánea. La más extensa en el tiempo es la Edad Antigua, que va desde las grandes civilizaciones del pasado hasta el final del imperio romano de Occidente, en el año 476. San Agustín, que murió treinta años antes, será nuestro testigo final del recorrido histórico de este capítulo que comienza en el siglo XIII a.d. JC, en la época de Nefertiti.

De todo el amplio mundo, en la pequeña región de Mesopotamia continúa el enfrentamiento y sucesión de imperios: los asirios (S. X a VII aC) y luego los neobabilónicos (625-539). Y luego el territorio de este imperio fue conquistado por los persas (en el 539), un pueblo nómada indoeuropeo que procedía del norte y que se había asentado junto al Golfo Pérsico, y allí había formado un amplio imperio.

En la misma época en que conquistan Mesopotamia los persas se adueñan también de Egipto, configurando así una superpotencia imperial en esa parte del mundo. En esta época y en este contexto se desarrolla en el Irán una religión llamada “mazdeísmo”, predicada por el profeta Zaratustra, de estructura simple: todo lo que ocurre en el mundo se explica por un enfrentamiento entre las fuerzas del bien y las del mal. Los hombres deben ayudar al triunfo del bien y luchar contra el mal. El mazdeísmo será religión oficial del imperio persa.

Dos pequeños pueblos, fenicios y judíos

Dos pequeños pueblos de la costa oriental del Mediterráneo, políticamente dependientes de los grandes imperios, dejan una huella importante en la historia de los europeos. El primero, los fenicios, pueblo que vive en ciudades costeras del actual Líbano (Sidón, Tiro) y que navega y comercia por todo el Mediterráneo. Los fenicios logran una notable simplificación alfabética desde el siglo XXI a.JC, y con veinte signos nada más son capaces de expresarlo todo: ese es el alfabeto que hemos heredado los europeos. El segundo pueblo, los hebreos, con su jefe Moisés, habían regresado en el siglo XIII aC desde Egipto a su tierra originaria, en torno al río Jordán. Allí crearon un reino, que luego se escinde en dos (los reinos de Israel y de Judá). Más tarde, en el siglo VI aC fueron conquistados por Mesopotamia y deportados a esa zona, entre el Tigris y el Eufrates.

En el destierro acabaron de consolidar los judíos su religión monoteísta, cuyos elementos básicos, que ellos dicen revelados por Dios, se fijan en textos escritos, la Biblia. Los judíos creen que han sido elegidos por el dios único para altas misiones históricas, y que la sujeción a otros pueblos es simplemente una prueba divina que fortalece su carácter y su relación con su dios.

La conquista de Mesopotamia por los persas liberó a los hebreos, que pudieron regresar otra vez a las tierras del Jordán, ahora parte del imperio persa. De la tradición religiosa judía, exclusiva y nacional, surgirá siglos más tarde, con el profeta Jesucristo, una religión mundial.

La cultura griega, precedente de la cultura europea común

En el Mediterráneo oriental se había producido en los siglos XIV y XIII aC una invasión de “pueblos del mar” que pusieron fin a la civilización micénica. Varios siglos más tarde llegan a la región nuevos inmigrantes del norte, dorios y jonios, concedores del hierro, que desde el siglo IX van asentándose en ciudades autónomas (“polis”) de la Grecia continental y de las numerosas islas, hasta la costa de Anatolia. Ese es el espacio donde va a consolidarse la cultura griega o helénica, uno de los componentes básicos de nuestra cultura occidental. Ese es el espacio donde se consolida, entre los siglos VI y IV antes de Cristo, una forma de razonar, de concebir el arte, la naturaleza, la ciencia, las formas de gobierno. Platón y Aristóteles serán considerados maestros de pensar europeos durante muchos siglos. En nuestra parte del mundo las categorías teatrales, los estilos arquitectónicos y los cánones escultóricos de los griegos serán considerados la norma del buen gusto, la forma

“clásica” por antonomasia durante siglos. El alfabeto griego, del que procede el nuestro, es una versión del alfabeto fenicio.

La época clásica griega corresponde al periodo en que en algunas ciudades pierde el poder la vieja aristocracia terrateniente y en que una serie de rebeliones populares sitúan en el poder a “tiranos”, y luego a formas de gobierno con participación democrática, controladas por una nueva aristocracia de comerciantes. El caso más conocido es el de Atenas, donde todos los ciudadanos ociosos (¡aunque ni las mujeres, ni los extranjeros, ni los esclavos!) debatían los asuntos políticos en asamblea; se denomina “siglo de Pericles”, el político ateniense de mayor prestigio, al siglo V aC, en que la ciudad tiene un gran desarrollo, del que nos quedan el Partenón y los templos de la Acrópolis. Un caso particular era el de Esparta, oligarquía militarista que mantenía su dictadura de casta sobre la masa campesina, privada de derechos.

Aunque las ciudades eran autónomas, todos los griegos compartían las mismas leyendas, sobre numerosos dioses de rasgos humanos, que intervenían en los asuntos de la tierra, y todos seguían una misma cultura y unas mismas tradiciones, como la celebración de festivales religiosos y deportivos pan-helénicos.

Las guerras de griegos y persas

En los siglos V y IV aC las ciudades griegas pusieron freno al expansionismo de los persas, única gran potencia amenazadora en esa parte del mundo. Los griegos, menos potentes pero más astutos, rechazaron a los invasores en las llamadas “guerras médicas” (siglo V aC). En el siglo V tienen lugar las guerras del Peloponeso, entre diversas ciudades griegas, que acaban con la capitulación de Atenas ante Esparta. Pero los enfrentamientos entre ciudades y ligas de ciudades continúan, y además con la intervención interesada de los persas.

Un reino griego del norte, Macedonia, consigue en el siglo IV lo que ninguna “polis” había conseguido hasta entonces: dominar todo el territorio griego, convencer a las ciudades griegas, unidas en la Liga de Corinto (año 337 aC) de que pueden emprender una acción punitiva contra Persia. La campaña la dirige el joven soberano de Macedonia, Alejandro Magno con notable éxito, pues los griegos conquistan el imperio persa, controlan Egipto y llegan a las puertas de la India. Al morir Alejandro, en el 323 aJC, a los 32 años de edad, queda en entredicho su sueño integrador de civilizaciones y pueblos, en un espacio geográfico donde los intercambios, aunque también los enfrentamientos, habían sido frecuentes; persas y griegos no representaban, en el fondo, dos modelos culturales tan distintos. Alejandro llegó a las puertas del mundo oriental, de las civilizaciones de la India y más allá, de la China. Muy lejos de ellas, en el continente americano quedaban otros mundos culturales, completamente aislados

El budismo y su expansión

Además del judaísmo, base de dos grandes religiones (cristianismo e Islam), en la Edad Antigua nacieron otras de las grandes religiones o sistemas éticos mundiales, el budismo y el confucianismo, y se configuraron dos modelos de civilizaciones y de culturas, las que ahora conocemos como occidental y oriental, que pervivirán con el tiempo. Vamos ahora al escenario del continente asiático, donde en el siglo VI aC, época de desarrollo de Atenas y de Esparta y época también de la cautividad judía en Mesopotamia, aparecen en la India el budismo y en China el confucianismo.

En la India se habían consolidado varios reinos y la sociedad estaba dividida en castas o estamentos rígidos. Allí un príncipe, Gautama Buda, (563-483) rechaza las prácticas ascéticas e individualistas con que algunos intentaban trascender este mundo, y tiene una revelación que le sirve de base para una religión nueva: explica que la única forma de superar las miserias humanas consiste en evitar la ambición y el deseo desordenado y buscar la paz interior y la liberación progresiva a través de reencarnaciones. Se trata de una religión a la vez personal y comunitaria, que no cree en dioses, pero que tampoco los rechaza -si son útiles a la sociedad- en la que habrá monjes, pero ninguna casta sacerdotal poderosa.

Las enseñanzas de Buda, recogidas por sus discípulos, se propagan por todo el continente asiático. En la India el emperador Asoka (s.III), cuyo territorio abarca todo el norte de la península, se convierte al budismo, cuyo esfuerzo misionero favorece, e insta un gobierno benéfico y tolerante con otras creencias. Progresivamente el budismo se difunde y arraiga en el Sureste de Asia, Ceilán, China, Tibet y Japón.

El confucianismo y el taoísmo.

En la China, después de las primeras civilizaciones neolíticas se había consolidado un imperio con la dinastía Zhou, la más larga de su historia china, edad que se considera como el periodo clásico de formación del pensamiento y el arte chino. Después de un periodo de invasiones en el siglo VIIIaC, el imperio se desintegró en numerosos estados (siglos VIII a III aC), en la etapa denominada “periodo de la primavera y los otoños” y “periodo de los estados combatientes”. Fue una época de división política –el inmenso territorio chino estaba dividido en varios estados- y de esplendor cultural, y en ella vivió un reformador, el sabio Kong Fu Zi, conocido por nosotros como Confucio (551-479), (en chino 孔子 kong zi, o “maestro kong”) un funcionario a quien le preocupaba el bienestar social y personal, sin referencia a dioses ni a más allá.

Formuló un código ético muy sencillo, que se convertirá en la base de la cultura china: Todo estriba en respetar las normas, mantener los vínculos familiares, hacer las cosas bien hechas, intentar la armonía social mediante el respeto de los inferiores a los superiores

y de los superiores a los inferiores. Confucio tolera los cultos a los dioses tradicionales, si estos mantienen la tranquilidad social.

Otras religiones asiáticas contemporáneas de Confucio son el taoísmo y el jainismo. El taoísmo chino, o doctrina de Lao Tsé, expresa una solidaridad y una comunicación mágica entre el hombre y el universo, entre el macrocosmos y el microcosmos humano, el retorno al punto de partida, el proceso continuo de cambio y transformación. El taoísmo ha tenido una gran difusión en la China y el Japón. El jainismo, fundado en la India por Vardhamana Mahavira como protesta contra el culto ritualista hindú, no cree en dioses, respeta la vida por encima de todo y evita causar daño a los seres vivos.

La época helenística

Volvamos de Oriente a Occidente, a partir de la muerte de Alejandro en 323 a.C. Se denomina “época helenística” al periodo de varios siglos en que, en el espacio reunificado por Alejandro, es decir, desde el Nilo hasta el Indo se desarrollan reinos regionales que mantienen la cultura y las tradiciones griegas y orientales y que amplían el espacio cultural helénico, enlazando con las culturas del centro de Asia. En ese espacio hay burguesías comerciantes y prósperas. Las ciudades se embellecen y en ellas actúan filósofos, científicos y artistas. Puede hablarse de una gran cultura común, extendida también por las colonias que los griegos habían fundado por todo el Mediterráneo.

Dos pueblos ribereños de este mar eran en aquella época los cartagineses y los romanos. Los primeros eran emigrantes fenicios que habían fundado una colonia llamada Cartago en la actual Túnez, en el siglo IX aC y que crearon luego otras colonias en las islas del Mediterráneo y la península ibérica.

De la república al imperio romano

Los romanos eran un pueblo de campesinos que vivía en la península itálica, cerca de un puerto y que estaban subordinados al reino de los etruscos (siglos X al V aC). Poco a poco consiguen liberarse de los etruscos, dominar los pueblos vecinos y enfrentarse con Cartago, en las llamadas guerras púnicas del siglo III aC. Conquistan luego Grecia, haciendo suyos el legado cultural y religioso griego -que nos han transmitido-, y progresivamente conquistan, gran parte de los reinos helenísticos. Nuevas campañas extenderán el poder romano hacia el oeste: la Galia, Hispania, Gran Bretaña, Germania y la cuenca del Danubio.

Los nuevos territorios y la posibilidad de explotar y comercializar sus recursos transforman la estructura social y política romana, que evoluciona de la monarquía a una república en que se enfrentan la aristocracia (los patricios) y el pueblo (los plebeyos). La crisis del siglo I se soluciona con la fórmula del Imperio, iniciada por Octavio César Augusto. Consiste en que el poder absoluto lo detenta, como “emperador” un general de prestigio, encumbrado por sus victorias militares y por el respaldo de los soldados, aliados

a la plebe urbana, sacrificando a los campesinos. La economía del imperio romano se basará en la explotación de las provincias y en la utilización de esclavos (comprados o prisioneros de guerra carentes de todo derecho). Se ha denominado por ello “esclavismo” a esta forma de relación económica.

La esclavitud convertía la humillación y la violencia en base de la organización social. Como reacción contra esa violencia se produjeron revueltas, la más conocida de las cuales fue la de Espartaco, en el siglo I, esclavo rebelde que tuvo en pie de guerra a un ejército de 150.000 hombres.

Dentro de las fronteras del Imperio funcionaban con fluidez el comercio de productos agrícolas, artesanales y de productos de lujo –parte de ellos impuestos obligatorios– así como el comercio marítimo y terrestre, mediante vías que conectaban todas las regiones con Roma. Las numerosas guarniciones y campamentos de soldados garantizaban la paz y la obediencia de los pueblos sometidos. El imperio venía a ser un mosaico de pueblos diversos en que las clases superiores nativas colaboraban con los funcionarios y propietarios romanos. Los conquistadores fundaban ciudades por todas partes, repitiendo el mismo modelo, ciudades desde las cuales la forma de vida y las costumbres romanas se iban extendiendo a la población nativa; la ciudad, se ha dicho, era un “agente de romanización”. La ciudadanía romana se extendió en el año 212 a todos los habitantes libres del imperio.

La adopción de la civilización romana quedaba limitada a las ciudades. Por lo demás, sigue en pie el debate de si fue beneficioso o no entrar en ese complejo cultural, de si tenemos una deuda de gratitud o no con nuestros conquistadores, si la eliminación de las culturas anteriores a su conquista ha sido positiva o negativa.

La religión cristiana se extiende por el imperio

Parte del legado romano ha sido la religión cristiana, que surgió en la tierra de los judíos, provincia entonces del imperio. Allí el profeta Jesucristo predicó, en el siglo I, un mensaje, enraizado en las creencias de su pueblo, pero mucho más abierto, compasivo y universal. El mensaje no tuvo gran acogida en su tierra, pero se fue difundiendo por las comunidades judías esparcidas por el imperio romano y también por otros pueblos del imperio. El cristianismo aparecía como uno más de los cultos de salvación, intimistas, de origen oriental que se pusieron de moda en Roma, como los de Isis o Mitra.

Su difusión fue superior a la de los otros cultos y pasó de ser una religión perseguida, ya que no aceptaba prestar culto al emperador, a una religión tolerada desde el 313, con el emperador Constantino, y en la religión oficial y única del imperio desde el 391, con el emperador Teodosio. Precisamente en ese siglo IV se produce una imbricación entre estructura oficial y estructura eclesial, ambas controladas y jerarquizadas desde las dos capitales del imperio.

En la época del emperador Diocleciano (284-305), para garantizar mejor la defensa frente a los pueblos bárbaros, el imperio se había dividido en dos mitades, la occidental y la oriental, con dos capitales imperiales: Roma y en Constantinopla. La mitad oriental, que

incluye a Grecia y a Anatolia, tendrá una larga continuidad en el tiempo, llegando hasta el siglo XV con el nombre de imperio bizantino.

En su conjunto el imperio romano llegó a abarcar la Europa occidental, de Gibraltar hasta el Rhin y el Danubio, el Medio Oriente, Mesopotamia y las riberas del Mediterráneo. Más al este se habían incorporado las tierras de los seléucidas (herederos de una parte del imperio de Alejandro Magno), Arabia, Armenia y Mesopotamia. Sin embargo en el s.II el emperador Adriano renunció a estas dos últimas regiones.

Los estados intermedios: partos, Bactriana, kushan

El segundo gran imperio mundial, contrapartida del romano, en las tierras que dan al Pacífico, fue el imperio chino. Y entre romanos y chinos se encontraba el espacio inmenso de las estepas asiáticas y los reinos de la India. Esos estados intermedios comerciaban y recibían influencias de Roma por un lado y de la India y la China por otro .

Uno de esos estados era el de los Partos, situados entre el Mediterráneo y el Golfo Pérsico. Era una civilización helenística que controlaba la ruta de la seda, la gran arteria de comunicación con la China, del siglo III aC al III de nuestra era. Sucesores de los partos fueron los persas sasánidas, cuyo imperio se extendió hasta el siglo VI, y cuya mayor extensión alcanzaba desde Sogdiana y Georgia en el norte hasta Arabia, y del Tigris-Eufrates al Indo. Los sasánidas acogieron tradiciones del oriente y del occidente, pero impusieron a rajatabla su religión mazdeísta, la de Zoroastro.

Otro estado intermedio helenístico fue el de Bactriana, entre las montañas del Hindu-Kush y el río Amu Daria. Fue fundado en el siglo III aC en un área que había dependido de los seléucidas.

En el siglo II aC invadieron la península india, donde existían varios estados independientes, pueblos procedentes del Asia Central, los saka (rama de los escitas), y luego los yue-chi. Estos ocupan el área de Bactriana y dividen el territorio en cinco estados, uno de ellos el de los Kushan. Cien años más tarde ese estado se ha impuesto sobre todos los demás. Con su soberano Kadfises se convierte en un modelo de tolerancia cultural y de sincretismo artístico y religioso de tradiciones griegas, los hindúes y los chinas, además de constituir un área de propagación del budismo. Los kushan se consideraban una de las cuatro grandes potencias del mundo, además de los partos, los chinos y los romanos.

El desarrollo del imperio chino

Pasemos al mayor estado de Oriente, la China. El periodo de división de los “reinos combatientes” finaliza en el siglo III aC. La dinastía Qin (221-206 aC) consigue unificar el país y moviliza la población para grandes empresas constructivas, como la Gran Muralla y las campañas militares que consolidan las fronteras, tanto en el Gobi como en Vietnam.

Se practica una agricultura intensiva con avanzadas técnicas de irrigación y selección de semillas. Los campesinos, libres pero explotados, producen objetos artesanales

que intercambian. Hace pocos años se ha descubierto el mausoleo construido en homenaje al emperador, Qin Shi Huang (en chino, 始皇帝) con más de ocho mil figuras de guerreros en terracota.

La dinastía Qin se hunde en una oleada revolucionaria, de la que emerge una nueva dinastía, la Han (296aC-220). Con ella el país vuelve a unificarse y se refuerza la jerarquía social y el papel del emperador, que garantiza el orden del universo y la paz social. El imperio, el más poblado del mundo, lo rigen funcionarios expertos y fieles. Luoyang, su capital, con medio millón de habitantes, es la mayor ciudad del planeta y el centro de una economía integrada. Los impuestos campesinos se han reducido, y se disfruta de una cierta prosperidad. El imperio de los Han se extiende hasta Corea e Indochina, y se establece un protectorado en el Asia Central. La influencia china se extiende a los países “intermedios”, que hemos mencionado, y entra en contacto con Occidente.

La caída del imperio romano y las invasiones

Volvamos a Occidente, al imperio romano. Su prosperidad comienza a decaer hacia el siglo III, como consecuencia de una serie de migraciones de pueblos situados más allá de sus fronteras, proceso que dura varios siglos. Recordemos que en el imperio romano los ejércitos imponían la ley y designaban al emperador, y que los gastos militares, la defensa de las fronteras, era una de las cargas más duras del imperio. La presión que ejercían los pueblos bárbaros en las fronteras era tal que consiguen ir entrando y situándose en territorio romano. Por otra parte el imperio comienza a regionalizarse y ruralizarse.

Desde finales del siglo III los terratenientes se hacen autosuficientes; controlan y defienden sus tierras. Y dada la escasez de mano de obra los propietarios utilizan colonos bárbaros, emigrantes por así decir. Las ciudades pierden importancia. El comercio y los intercambios se reducen, limitándose casi a objetos de lujo.

La “caída del imperio romano” es por lo tanto la combinación del desmoronamiento del sistema económico y social interno y de las migraciones y asentamientos de pueblos bárbaros dentro del imperio, con la consiguiente pérdida de autoridad del emperador y de sus funcionarios. Ambos procesos van ligados. El imperio no puede defenderse de sus vecinos belicosos, y abandona las defensas fronterizas: el muro de Adriano en Gran Bretaña, las guarniciones de la zona alpina y de la frontera del Danubio.

El proceso migratorio de los pueblos bárbaros se acelera desde las tierras “intermedias”. Los pueblos de las estepas asiáticas -entre ellos los hunos- inician en el siglo V una expansión motivada por cambios climáticos y por la presión demográfica. Su avance hacia los territorios de los grandes imperios, romano y chino, incide en Occidente sobre los pueblos germanos -godos, ostrogodos, suevos, alanos- que recorren las tierras del imperio romano. Unos han entrado de forma pacífica, mediante un pacto por el que han recibido tierras a cambio de ponerse al servicio del imperio; otros lo han hecho de forma violenta saqueando las ciudades que encontraban a su paso.

La parte oriental del imperio resiste a la presión; no así la occidental. Roma fue saqueada por las tropas de Alarico en el 410. La fecha “oficial” de finalización del imperio (¡de Occidente, ojo!), y de la Edad Antigua, es el año 476 en que es depuesto el último emperador romano, Rómulo Augústulo, que ya no tenía poder ni autoridad alguna.

Aunque Constantinopla pueda en ese momento considerarse la segunda Roma, el que se considera heredero de la civilización greco-romana es el Papa, jefe de la iglesia cristiana, que sigue residiendo en Roma. Testigo de los últimos años del imperio fue San Agustín, obispo de Hipona. Muchos cristianos habían visto en la crisis imperial un signo de la llegada del fin de los tiempos. Agustín, sin embargo, sabe distinguir entre la comunidad de los creyentes y la aventura de un poder. El imperio romano se ha hundido, escribe, pero continúa “la ciudad de dios en la tierra”.

En la India las invasiones de pueblos bárbaros acaban con el reino gupta, la última potencia predominante en la península.

En la China, en el siglo IV, las invasiones de pueblos bárbaros del norte, entre ellos los hunos, causan una división del país en 16 reinos, aunque en todos ellos se mantendrá la civilización y el sistema político y administrativo de los Han. En este periodo se difunde por todo el país el budismo, que ofrece un mensaje de paz, tolerancia y salvación en una época difícil.

Oriente, Occidente y la lejana América: una consideración

Si hacemos una pausa en este momento y echamos la vista atrás, podremos analizar cuál ha sido la evolución de la humanidad desde la época de Nefertiti a los tiempos difíciles de San Agustín. En los dos extremos, oriental y occidental, del continente eurasiático, se han formado grandes imperios, el chino y el romano. Cada uno de ellos ha sido producto de un mestizaje cultural de los pueblos de su entorno. Se ha desarrollado, pues, una cultura occidental y una oriental. Entre ambos espacios han existido imperios extensos, con menor densidad de población, de límites fluctuantes, intermediarios entre oriente y occidente. En este periodo se han consolidado las grandes religiones o sistemas éticos de oriente y occidente: el judaísmo, el budismo, el cristianismo, el confucianismo. En la India, cuna del budismo, la religión anterior o hinduismo, se mantiene viva y el budismo no consigue una gran difusión popular.

Las grandes migraciones de pueblos de las estepas, y de pueblos germánicos, ponen fin a la porción oeste del imperio romano; en el este continúa el legado greco-romano. En esa porción oeste se recompone la cultura con aportaciones germánicas. En China no ocurre lo mismo, porque los invasores se integran en el complejo cultural chino.

Y en un continente hasta ahora desconocido por chinos y por romanos, en América, han aparecido las primeras grandes civilizaciones en dos núcleos distantes entre sí: el sur de México por un lado, con las culturas de Monte Albán y de Teotihuacán, y en las costas peruanas, donde se desarrollan las culturas Mochica y Nazca.

-¿Qué tal, querido amigo? ¿Se habla de la China o no se habla de la China?

El profesor Li Sai Long sonrío, asiente con la cabeza, pero luego esboza una mueca de picardía:

-Sí, sí, ya lo veo. Se habla de la China. Muy bien. Un poquito. Pero mucho más de lo que es normal en los libros de texto españoles.

-Gracias, profesor, gracias. ¿Tiene algo más que decir?

-No, no. Seguiré esperando el desarrollo de esa aventura humana, de la historia. Porque, fíjate, lo que más me apasiona de la historia es que no tenemos ni idea de lo que puede pasar.

A este hombre, por lo visto, no le gusta la tranquilidad. Y le estímulo:

-A ver, a ver, explíquese.

-Sí, sí. Está claro. Del mismo modo que existen esos dos imperios, el chino y el romano, y en medio, un “área intermedia”, podrían haber existido tres grandes imperios, o siete, o uno solo. El mensaje de Jesucristo se pudo haber difundido por la India, y el de Buda por Grecia, ¿no? El legado greco-romano podría ser un legado egipcio-fenicio, ¡quién sabe!

-Todo eso es cierto. En la historia no hay nada previsible.

- 19 –

-Me alegra que tú también lo creas. Porque si no hay nada previsible, la historia no enseña nada. Porque si no se puede ir hacia el futuro, ¿por qué se podría ir hacia el pasado?

(Continuará.....)